



CROMWELL, John

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO.
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL “ALAS”

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

— AGENTE DE VENTAS —
Sdad. Giral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X APARECE LOS MARTES NÚM 538

APARECE LOS MARTES

NÚM 538

Sweepings, 1933

Honrarás á tu padre

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por

LIONEL BARRYMORE

Narración de M. NIETO GALÁN

.....

Production R. R. O.

D I S T R I B U C I O N

S. I. C. E.

Paseo de Gracia, 77 *Barcelona*

INTÉPRETES

- Daniel Parvay LIONEL BARRYMORE
 Su hija. Gloria Stuart
 Freddie Eric Linden

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

A veces las pequeñas causas suelen traer las más graves consecuencias y el famoso incendio de Chicago, en el siglo pasado, se debió a una de estas pequeñas causas. En un establo entró un pobre hombre con una lámpara encendida a dar el pienso a las caballerías y, mientras recogía un puñado de paja, un asno dió una coz a la lámpara, ésta prendió fuego en la paja, se incendió la barraca y el fuego corrió a las demás, destruyendo en pocos días a la ciudad por completo, hecha de barracones de madera.

Millares de familias quedaron sin hogar y todo el mundo fué poseído por una fiebre de construcción, que más bien parecía un delirio.

En aquellos días fué cuando llegó a Chicago Daniel Parvay, acompañado de su joven esposa. En la estación lo esperaba su hermano, que al verlo, corrió a abrazarlo y le presentó a su esposa, diciéndole:

—Te presento a Abigay, mi esposa.

—Muy bonita, Daniel — respondió su hermano —; tú siempre has sabido elegir bien.

Y dirigiéndose a su cuñada, le preguntó: —¿Qué te parece Chicago?

—Pues me parece absurdo viajar tanto, para venir a una ciudad en ruinas.

—Sin embargo, esta es nuestra oportunidad, querida — le dijo Daniel —. Fíjate cuánta gente sin hogar. Todos están poseídos de una fiebre de producción y yo seré quien les venderé forraje para las caballerías y otras cosas más. Este será mi templo de trabajo... Desde ahora voy a consagrarme a él... Pronto tendré nuevas responsabilidades. Abby va a ser...

La muchacha interrumpió a su marido y le dijo dulcemente:

—Estoy cansada, quisiera acostarme.

—¿Dormir? — exclamó alegremente su cuñado —. Eso es más difícil de lo que parece. Hay mucha gente que duerme al sereno, pero, sin embargo, ahí atrás dormían los que eran dueños de esta barraca. Se han marchado, vamos a ver qué habitación es esa que está tras las cortinas.

Abrieron las cortinas y la muchacha vió un establo, en el que se habían formado un lecho con paja y exclamó dolorosamente:

—Esto es un hogar para animales.

Daniel comprendió la razón que tenía su

mujer para quejarse y, tratando de convenirla, le dijo cariñosamente:

—Tienes razón, Abby, pero piensa que estamos empezando... No siempre ha de ser así.

Y en verdad no lo fué, porque al cabo de unas semanas, lo que era establo, se había convertido, gracias al esfuerzo de Abby, en una habitación decentemente amueblada y la parte exterior de la barraca en una tienda, a la que el público empezaba a acudir en gran número.

Todo iba a pedir de boca, aun cuando para el hermano de Daniel, no era el principio que se había imaginado. El no entendía nada de negocios y por lo mismo le dijo a su hermano:

—Yo esperaba otra cosa de ti, Daniel. Ya que compraste todas estas barracas, ¿por qué no las unes y las decoras?

Pero Daniel, que llevaba dentro de él un espíritu de comerciante, no se dejaba llevar por los consejos de su hermano y poco a poco iba ampliando su negocio y sus ventas.

Un día, cuando se estaba celebrando una liquidación de calcetines y medias, entró un individuo y eligió un par de calcetines, los examinó atentamente y terminó diciéndole a Daniel:

—¿Esto es lana?... Esto es basura, o me-

jor dicho, para que no se ofenda, esto es algodón disfrazado.

En aquel momento se acercó al dueño una de las dependientes y le dijo:

—Mr. Parvay, necesitamos más dependientes. No damos abasto a las ventas.

—Pues elíjalo usted misma — le dijo Parvay —. Ofrézcale dos dólares.

El que estaba comprando los calcetines, al oír la oferta, saltó detrás del mostrador y exclamó:

—Ya hay un dependiente más.

Inmediatamente se puso a gritar las mercancías, con tal gracia y razonaba de tal forma a los clientes, que su estantería quedó vacía, cuando sonaron las doce de la media noche, hora que había indicado Parvay para la liquidación de aquellas mercancías.

Al ir a cerrar el dependiente nuevo, se acercó a Daniel y le dijo:

—Mr. Parvay, este trabajo me gusta; nunca lo había hecho. Hasta ahora sólo he servido para recados..., para llevar cargas, pero yo estoy convencido de que sirv... para esto... Deme usted la oportunidad, quiero probar suerte. Chicago no siempre tendrá incendios... La tienda progresará y yo, mientras tanto, trabajaré por un dólar diario.

Daniel se le quedó mirando y, al fin, convencido por las palabras de aquel individuo le dijo:

—¿Cómo se llama?

—Ullman... Abe Ullman.

—Pues hasta mañana, Ullman... A las seis hay que empezar a trabajar.

Salió el nuevo dependiente y el hermano de Daniel se le quedó mirando burlonamente y le dijo:

—Vaya vida la que te llevas. Te acuestas tarde y te levantas temprano. Siempre trabajando. Tú no gozarás de la vida.

Y mientras su hermano sonreía bondadosamente, al escuchar el razonamiento del otro, él salió contorneándose.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

Precio
UNA p.

SEGUNDA PARTE

Al cabo de un par de meses, nació el primer hijo y Daniel sintió una de las alegrías más grandes de su vida. Le puso el nombre de Gene y, para celebrar su nacimiento, abrió en el bazar un departamento especial para hombres.

Seguía el negocio cada vez más en auge y, al cabo de dos años, nuevamente vino al mundo otro ser, al que le pusieron el nombre de Febe. Era una niña preciosa y Parvay quiso también hacer algo en su honor y abrió una nueva sección para señoritas.

Mientras tanto, Ullman vivía dedicado exclusivamente al negocio. Parecía que todo aquello era suyo y su mirada estaba en todas partes, procurando el mayor rendimiento posible.

Pasaron tres años más y nació otro niño, a quien le pusieron el nombre de Bert y su nacimiento dió lugar a que se abriese una sección para niños y a que Ullman protestara diciéndole a Daniel:

—Si abre una sección por cada nuevo hijo... ¿Cómo cubriremos gastos?

—Pues vendiendo — respondió Daniel ele-
grentemente.

Y el negocio, a medida que se iban abriendo secciones, iba produciendo más. Aquello era una fuente de ingresos que parecía inextinguible. Las ganancias cada vez eran mayores y Ullman también iba aumentando de categoría, pero siendo al mismo tiempo también quien casi llevaba todo el negocio. La parte administrativa estaba a cargo de Daniel y la parte comercial a cargo de Ullman. Aquellos dos hombres habían llegado a comprenderse de tal forma, que parecía el uno continuación del otro.

Pero no todo tenía que ser alegría y, al cabo de cinco años de prósperos negocios, la esposa, que supo luchar con Daniel tan de nodadamente, sintió que su vida se extinguía. Daniel se hallaba consternado. Comprendía que, al perder su mujer, perdía a la más dulce compañera que podría haber encontrado y, para animarla, la misma noche que murió, le dijo momentos antes:

—Pronto te pondrás buena, Abby, y nos mudaremos a una casa muy elegante, donde resalte tu belleza.

Ella le miró cariñosamente, sentía que sus fuerzas le faltaban y le respondió:

—Tú y nuestros hijos viviréis en esa casa elegante..., yo no... podré.

Y sus palabras tuvieron confirmación poco después, dejando de existir, la que tanto había luchado para ayudar a su marido.

Desde aquel día, Daniel Parvay vivió exclusivamente para su negocio y para sus hijos. Aquel bazar era para él la tierra de promisión, que permitiría a sus hijos seguir su vida y, por amor a ellos olvidaba todas las distracciones y no pensaba más que hacerles la vida agradable.

Cuando alguno de ellos estaba enfermo, era el mismo Daniel el que lo cuidaba como si fuera una madre y ni su hermano ni nadie, podía apartarlo de su lado.

La vida fué deslizándose plácidamente para aquel hombre, que no vivía más que para sus pequeños, y el negocio siguió también progresando hasta llegar a convertirse en el bazar más grande de Chicago. No eran ya miles los que ganaba anualmente Daniel, sino que eran millones y aquellas cajas del bazar parecían monstruos insaciables en su afán de tragar monedas, que luego pasaban a la cuenta corriente de Daniel Parvay. Su fortuna llegó a hacerlo uno de los más ricos de Chicago, al mismo tiempo que Ullman se convirtió en gerente de los almacenes.

Los niños habían llegado ya a ser hombres y Bert y Fredie estudiaban en una academia

militar, mientras que Gene y Feve viajaban alegremente por Europa.

Los dos hermanos se habían lanzado a aquel viaje, con el ansia propia de todos los jóvenes de vivir lo más intensamente posible cuantos placeres les ofrecía la vida. Gastaban sumas enormes, sin que jamás recibieran la menor amonestación de su padre, que respondía a sus demandas de dinero, enviándoles cheques.

Daniel pensaba que, después de aquellos días de diversión, sus hijos volverían al hogar para luego dedicarse al negocio que él con tanto trabajo y privaciones había creado. Era aquella la alegría más grande de su vida, pero mientras él pensaba de aquel modo, los hijos seguían su vida completamente opuesta a su padre.

Feve se casó con un muchacho que encontró en París, y su hermano con una chica que halló en un cabaret. Los dos casamientos eran desiguales, pero Daniel, pensando que en aquellas bodas podrían encontrar sus hijos la felicidad, que tanto deseaba para ellos, no se opuso en lo más mínimo.

El bazar seguía produciendo verdaderos torrentes de oro y Ullman seguía comprando mercancías a bajo precio y vendiéndolas de igual forma. Una vez apareció en los diarios el anuncio de que se liquidaba una gran partida de vestidos a precios inverosímiles, y Daniel, asustado, llamó a Ullman y le dijo:



Daniel, reunió a todos los hijos en una habitación...

—¿Está usted loco?... ¿Dónde compró esos vestidos?... ¿A cuánto?

—Se los compré a la fábrica de vestidos Kolistky... Quebraron y compré sus existencias casi por nada. Usted no se preocupe ahora de esto, demasiado tiene con preocuparse de la fiesta que va a dar.

Daniel se le quedó mirando extrañado y le preguntó, al fin, sonriendo:

—¿Cómo sabe usted que voy a dar una fiesta?

—Lo leí en el diario, lo mismo que usted leyó mis anuncios.

—Bien sabe usted que para mí sólo hay dos cosas en el mundo: El cariño de mis hijos y el bazar. Esta fiesta es para presentarlos en sociedad y significa para ellos uno de los días más señalados de su vida.

Y en efecto, días después la suntuosa mansión de Daniel Parvay abría sus salones a lo más selecto de la sociedad de Chicago.

Daniel reunió a todos los hijos en una habitación para obtener de ellos una fotografía y los muchachos le invitaron a que se sentara con ellos, pero Daniel protestó diciendo:

—Yo quiero que el grupo sea de vosotros solos, mientras tanto, voy a mi cuarto.

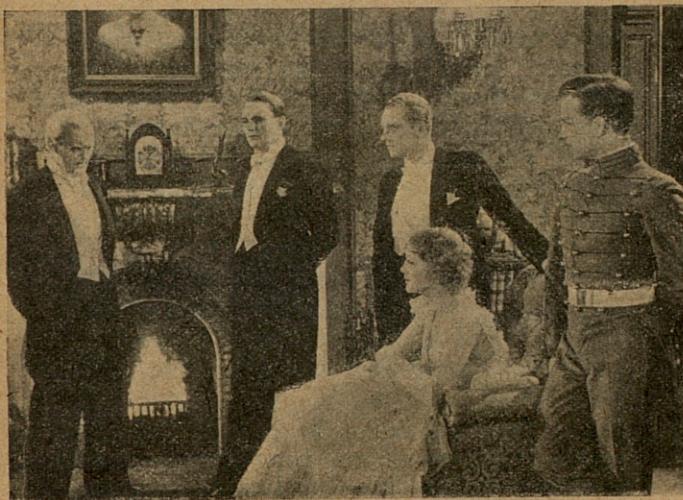
Entró en su habitación y durante un rato quedó contemplando el retrato de su mujer y, con lágrimas en los ojos, como si la muerta pudiera escucharlo, le dijo:

—Abby, hice cuanto pude por ellos... Creo que he sido un buen padre y que Dios me recompensará con el cariño de ellos, el amor que les tengo.

En aquel instante entraron sus hijos y Daniel ocultó la emoción que le embargaba, volviéndose sonriente a ellos y diciéndoles:

—¿Habéis terminado ya el retrato?

—Sí, papá — respondieron los jóvenes.



—¿Me habeis pedido algo que yo os haya negado?

Daniel los contemplaba con orgullo, hasta que, finalmente, como respondiendo a sus íntimos pensamientos, les dijo:

—Sois ahora todos jóvenes, fuertes, apuestos, pero no siempre seréis así, porque eso no es posible. Sin embargo, hay algo que podéis hacer..., progresar. Freddie, durante un año permanecerá en la Universidad. Tú, Bert, ya te has graduado y puedes ir a dar una vuelta por Europa; tú, Feve, confío que serás fe-

liz en tu matrimonio. Sé una buena esposa y madre, hazte respetar por todos y procura ser el ejemplo de tus hijos. Y tú, Gene, el más fuerte de todos, ¿qué piensas hacer?

Tío Thane — respondió el muchacho — va a emprender una de sus campañas sociales y benéficas y quiere que yo le ayude; a mí me gustaría.

—No está mal para empezar — respondió su padre—. De esta forma aprenderás en la experiencia... Ahora voy a haceros una pregunta... ¿Me habéis pedido algo que yo os haya negado?

Los hijos movieron la cabeza negativamente, sin recordar que ninguno de sus padres hubieran sido negados por su padre, y éste volvió a decirles:

—Pues la vida tiene su reciprocidad. Ahora soy yo el que va a pediros una cosa... Desde que nacisteis, mi ambición única, suprema, ha sido la de que algún día os hagáis cargo de aquello...

Y los llevó a la ventana, desde la cual se veían las luces iluminadas del bazar. Se quedó un rato contemplándolo y continuó diciendo:

—Hoy es el aniversario de su fundación, como si dijéramos mi aniversario... ¿Lo haréis?

—Sí, papá — prometieron todos.

Daniel besó a sus hijos y los despidió diciéndoles:

—Ahora ir a divertiros.

Salieron bulliciosamente los muchachos y Daniel quedó nuevamente contemplando el retrato de su mujer y diciéndole:

—Ya ves que todos son felices... Lo único que falta es que tú estuvieras entre nosotros para que disfrutaras de esta dicha.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas

TERCERA PARTE

Al día siguiente estaba Daniel en su despacho, cuando entró a verlo Ullman, que le dijo:

—Vengo a hablar con usted de algo muy importante.

—¿Qué pasa? — preguntó Daniel mirando a su empleado.

—Bien sabe usted — empezó diciéndole Ullman — que el bazar es toda mi vida. Yo creo que empecé a vivir cuando nació el bazar. No tengo esposa, ni hijos, ni nadie en el mundo... Mi vida entera es el bazar.

—Es cierto, Ullman — exclamó Parvay —, pero no use circunloquios y dígame lo qué desea. Si es que quiere más sueldo, lo tiene concedido.

—No se trata de sueldo — respondió el empleado —. Con el que tengo me sobra para vivir y ahorrar... Es algo bastante difícil de decir... Lo único que me interesa en esta vida, es tener una participación en la tienda, para considerarla más mía.



Gene, medio borracho y abrazado a su amiga...

Daniel se levantó rápidamente y, dirigiéndose a Ullman, le dijo con tono energético:

—Lo siento, Ullman, pero esto que desea, no lo tendrá nunca. Yo he hecho este bazar solamente para mis hijos. Quiero que sean ellos los que continúen mi obra, como si fueran una prolongación mía... Ni por la salvación de mi alma, daría yo una participación de mi tienda a nadie... Este bazar ha de pasar íntegro a mis hijos. Usted puede

ponerse el sueldo que quiera, no le pondré ningún reparo, pero sueldo nada más, nunca participación.

Salió el gerente y Daniel llamó a un viejo criado, y le dijo:

—¿Y Gene, dónde está?

—Lo he buscado por todas partes y no lo he encontrado... Sin duda debe estar en esa casa..., en el número 2.661.

Daniel frunció el entrecejo y le ordenó:

—Pues vaya a buscarle y tráigale aquí.

Salió el criado y se fué directamente a la casa que decía, donde en efecto estaba Gene, medio borracho y abrazado a la amiga, que se había echado, sin pensar en su situación de casado. Cuando vió al criado de su padre, comprendió que venía a buscarlo y, sin decir palabra, se fué con él para representar a Daniel, que le dijo:

—Gene, me duele la vida que haces... ¿Por qué no abandonas a esa mujer?

Gene adoptó una actitud de gran humildad y respondió:

—No tengo valor para ello.

—¿Pero no comprendes que, liándote con una mujer así, forzosamente olvidarás tu obligación?

—Oh, no — protestó Gene—; progreso mucho con tío Thane.

—Es que ese no es tu deber—respondió su padre—. Tu deber, desde hoy, es estar aquí

en la tienda para cuidar de tus intereses... Tus hermanos están ausentes y tu hermana está casada... A ti te toca velar por tus intereses y por los de ellos... Hazlo por mí.

—Está bien, papá — respondió Gene—. Yo te prometo que haré lo que tú deseas.

Mas a pesar de su promesa, aquella noche fué a casa 2.661 para despedirse de su amiga. Estaba dispuesto a emprender una nueva vida, pero la fatalidad parecía seguirlo. A poco de entrar, empezó a beber y llegó a un estado de embriaguez que lo hizo ser inconsciente. Dando grandes voces, les dijo a sus amigos:

—Desde mañana me lanzo por el sendero de la templanza y la virtud... Soy padre de familia y quiero imitar a mi padre.

—Eso se lo debes decir a Violeta — le dijo una de las muchachas que vivían en aquella casa.

—Claro que se lo diré — exclamó levantándose Gene — y cuando se lo diga tendrá que aguantarse.

Fué al cuarto de su amiga y encontró a ésta llorando, al conocer la decisión de su amigo, quien le dijo burlonamente:

—¡Qué lindamente lloras, Violeta! Pero esas lágrimas son inútiles. Más vale que rías, porque cuando ríes, me encantas.

Violeta hizo un esfuerzo y empezó a reir, haciendo que Gene se abrazara a ella y que

juntos rodaran por el suelo, hasta caer cerca de una piel de oso que había allí. Esto hizo que Gene tuviera una idea de pronto y le dijo a su amiga:

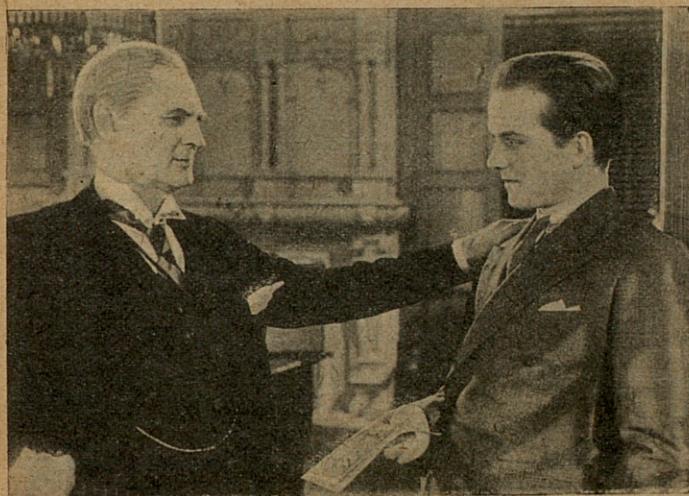
—Vamos a jugar a fieras. Tú eres una tigresa y yo un domador.

Cogió un bastoncillo, ató a su punta un lazo de seda y comenzó a pegar a Violeta, que corría de un lado a otro, haciendo de tigresa. De pronto se encaramó en un taburete cerca de un trío de espejos y Gene, al ver su figura reflejada en los tres espejos, sintió como si todo el vapor que tuviera dentro del cuerpo se le dispara. Tuvo vergüenza de sí mismo y exclamó golpeando de verdad a Violeta:

—Representas ahora lo que eres, una tigresa... Por ti me veo en esta situación vergonzante.

Y, mientras le decía aquello, seguía golpeándola, hasta que Violeta, impulsada por el miedo, se apoderó de un revólver que había en el cajón de su tocador y disparó contra él, pero con tan mala fortuna, que en el mismo instante de hacer fuego, se abrió la puerta y un muchacho, que entraba, recibió el proyectil en el mismo corazón.

Daniel, que había llegado a aquella casa para llevarse a su hijo, al darse cuenta de lo que ocurría, lo sacó violentamente de la habitación diciéndole:



—Está bien, papá. Yo te prometo que haré lo que tú deseas.

—Vete de aquí... Yo arreglaré esto.

Y gracias a sus millones y a su influencia, Daniel consiguió que se echara tierra sobre aquel asunto y que los tribunales no interviniesen.

A los pocos días de haber quedado resuelto aquel asunto, volvieron sus otros hijos de Europa y Daniel tuvo la seguridad de que ellos se ocuparían del bazar. Mas la vida alegra que habían llevado, su apatía para todo

lo que fuera trabajar les hizo huir de cumplir aquella promesa, que le habían hecho a su padre, y Daniel vió, con verdadero dolor, que todo su esfuerzo, todo su sacrificio de padre había sido inútil.

Tan solamente una vez fué Freddie, el hijo pequeño, al bazar y fué para enamorarse de una dependienta y dar otro escándalo.

Daniel estaba ya desesperado ante la actitud de sus hijos y quiso recurrir al último recurso. Los reunió un día y les dijo, estando presente Ullman:

—He decidido dividir el capital del bazar en acciones... Olvidemos cosas pasadas y, para ver si podéis enmendaros, os entrego a cada uno diez acciones del bazar. Quiero ver qué hacéis de ellas.

Ullman miraba a todos y comprendía que Daniel hacía una verdadera locura, y la primera la tuvo con Freddie, quien una noche apareció borracho perdido y a las tres de la madrugada.

Su padre, que lo estaba esperando, le dijo severamente:

—¿Sabes que son las tres y media de la mañana?

—Sí — respondió su hijo riendo cínicamente—. Tan seguro estoy de eso, como de que estoy borracho.

—¿Y crees que así podrás llegar a tiempo de trabajar?



—¿Sabes que son las tres y media de la mañana?

—Lo dudo — respondió riendo el muchacho—. Llegaré al trabajo a la hora del almuerzo. Sé lo que me vas a decir, pero no te moleste, lo diré yo por ti. Sé que soy un inútil, que me tomo la vida en broma, pero todas las promesas que te hice son vanas; yo no trabajaré ni te imitaré nunca. Es inútil que te encolerices conmigo, porque nada conseguirás. No me gusta tu bazar, ni...

Daniel no supo contenerse por más tiempo

y, extendiendo el brazo hacia la puerta, le dijo:

—¡Vete!... ¡Sal de aquí!... ¡Donde no te vea más!

El muchacho salió tranquilamente de la casa paterna, sin preocuparse de lo que sería su porvenir en adelante.

YA ESTA A LA VENTA en

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

FELIPE DERBLAY

La novela amorosa y sentimental de todos los tiempos. Un corazón lacerado por el dolor de la traición de un querer.

CUARTA PARTE

La vida no se mostró desde aquel día tan sonriente con él, como lo había sido hasta entonces y Fredie empezó a descender rápidamente hasta llegar a lo último de la sociedad. Tenía que dormir en un tabernucho indecente y reunirse con gente de la peor calaña.

Una noche estaba dormitando sobre una mesa, cuando uno de sus nuevos compañeros le mostró un periódico, en el que venía la fotografía de su hermana y le dijo:

—Mira, la princesa Gilitzief se divorcia de su marido el príncipe ruso. Se veía que este tío iba por el dinero de ella.

Fredie quedó durante unos segundos contemplando a su hermana y suspiró tristemente, apartó el periódico de su vista y dejó caer otra vez la cabeza sobre los brazos, como si aquello no le interesase.

Al correr de los años, Daniel había ido quedándose solo. Sus hijos habían tirado cada uno por su lado y el pobre, que sacrificó

toda su vida para la felicidad de ellos, se veía en el ocaso de su vida abandonado de todos y sin más amigo leal que Ullman.

Un día entró a verlo y le dijo:

—Voy a vender mi casa, Ullman. Mis hijos ya no están conmigo y yo en ese caserón me encuentro perdido, siempre tan solo... Viviré mejor en el Club.

—Lleva usted razón — respondió Ullman—. Le compadezco.

Daniel, que no había podido sufrir nunca que nadie le compadeciese, al oír las palabras de su gerente, se echó a reir y exclamó:

—¿Que usted me compadece? En todo caso seré yo quien le tenga que compadecer... ¿No ha pensado usted en que es viejo?

—También lo es usted — respondió Ullman.

—Pero yo no estoy empleado y nadie podrá despedirme.

Ullman miró extrañado a su jefe y le preguntó:

—¿Acaso usted pensaría en...?

—Yo, no — respondió riendo Daniel—. No tenga usted miedo. Yo no lo despediré nunca, pero algún día mis hijos heredarán ese bazar y, cuando se hagan cargo de él, quién sabe lo que puede ocurrir. Es casi seguro de que, cuando yo muera, usted salga de su puesto. Ellos entrarán y usted saldrá.

—No lo crea — exclamó Ullman—. Yo

no saldré tan fácilmente del bazar... ¡Ni usted mismo podría echarme!

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó extrañado Daniel.

—Pues escúcheme — siguió diciéndole el gerente—: Usted hizo el bazar y yo lo hice. Usted quiere su bazar y yo también lo quiero... Usted es amo del bazar y yo también soy "amo"... Usted dió a sus hijos acciones y yo compré las de Freddie y las otras diez al príncipe, cuando se divorció de su hija, las cuales le había entregado ella como precio de su libertad.

Daniel le oía con los ojos dilatados por la sorpresa. Su naturaleza débil, a causa de los años, acababa de recibir el golpe definitivo y a los pocos días de aquella conversación, el estado de salud de Daniel inspiraban fundados temores a los médicos, quienes aconsejaron que se personasen todos sus hijos, ya que la vida de Daniel era cortísima.

Ullman fué el que se encargó de ir buscando a todos sus hijos y llevarlos a la casa paterna, para que se despidesen de su padre. El pobre viejo no era ya ni una sombra de lo que había sido. Aquel carácter enérgico, dedicado, fuerte y emprendedor se había convertido en un triste cuerpo, que no podía ni valerse de él mismo. Cuando vió a sus hijos, los hizo acercarse a él y comenzó echándoles en cara todo el daño que le habían

hecho, a la vez que les mostraba un edificio de cartón, echo por él mismo con varios bloques sueltos.

—¿Sabéis lo que he estado haciendo mientras llegabais? Pues formaba la historia de mi vida. Ahí tenéis un edificio de fortuna..., poder y orgullo. ¿Y sabéis lo que fuisteis todos? Pues sencillamente los pilares que lo sustentaban, pero me habéis fallado y al fallar los pilares, el edificio se derrumba... No me digáis nada, porque ahora me toca hablar a mí solo.

Se dirigió a uno de ellos y le dijo:

—Tú, mi primogénito, grandes cosas esperaba de ti, pero...

—Mi vida no ha acabado todavía — se apresuró a decir.

—Confío que no — respondió Daniel—, pero la mía está ya acabando.

—¡No digas eso, papá! — exclamó sollozando la muchacha.

—A ti — le dijo su padre, haciendo un gran esfuerzo—, con mi fortuna, te compré un príncipe para marido... La boda salió mal; no te reprocho tu divorcio, pero lo que sí te reprocho es esto.

Y le enseñó un periódico, en el que estaba la fotografía de ella y de un hombre, a cuyo pie había la siguiente inscripción:

LA PRINCESA Y SU PROTEGIDO.

—¡Deshonrar así mi nombre!

La joven bajó la cabeza avergonzada y el anciano se dirigió al otro hijo diciéndole:

—Bert, contra ti nada tengo... Tú, poi menos, probaste, pero tu mente no esté en el verdadero trabajo...

Luego se dirigió a Ullman y le dijo:

—Lego a todos mi fortuna entera que está en el bazar, pero si mis hijos no se hacen cargo del negocio en el plazo de seis meses... El bazar irá a manos de usted, Ullman... Ya puede retirarse.

Salió el gerente y Daniel, perdiendo la serenidad que hasta entonces había demostrado, se lamentó del desafecto de sus hijos diciéndoles:

—Todos erais parte de mí algo así como si yo fuese una cuerda de cuatro hebras... Cada una de ellas partía de mí... Hebras de buen material, que no llegaron a ligarse, como las hebras que yacen en las barreduras... si alguna vez tenéis hijos, comprendréis por lo que yo paso ahora... Aún me parece que era ayer cuando os tenía a todos en mis brazos... Erais tan chiquitines que juntos cabíais en mi regazo.

Ya sois hombres y no puedo reteneros contra mi pecho, con la misma fuerza que antes lo hacía...

Calló durante unos segundos, en los que la respiración se le hacía fatigosa y nueva-

mente, haciendo un esfuerzo, miró a todos sus hijos con aquel inmenso cariño que siempre les había tenido y, dirigiéndose a Freddie, le hizo ademán de que lo llevara junto a la ventana, para ver desde allí las grandes letras iluminadas de su bazar.

aniel las miró con ansia, como si quisiera retener para siempre aquella vida e inclinó penosamente la cabeza sobre su pecho.

Sus demás hijos se acercaron y preguntaron a Freddie:

—¡Duerme?

—Sí — respondió aquel seguro de que su padre había muerto.

Salieron todos menos Freddie, que quedó a su lado, el que parecía más discolo de todos, había llegado a comprender antes que ninguno la sublimidad del cariño que su padre les tenía.

Durante unos segundos quedó mirando absortamente al bazar y luego, besando en la frente a su padre, le dijo como una promesa sagrada.

—Padre, yo probaré y seguiré tu obra... ¡Duerme tranquilo!... ¡Yo sabré honrarte!

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

GUERRA DE VALSES

Una evocación de la Viena de antaño con sus melodías arrebatadoras, sus amores románticos y su ambiente lleno de poesía. Las rivalidades entre los célebres compositores Johann Strauss y Joseph Lanner, a través de una delicada historia de amor, que como todos los amores puros y nobles, triunfa esplendorosamente.

Esta es la síntesis de esta nueva filigrana cinematográfica, vestida con todos los ropajes de la fantasía y perfumada con las melodías de mil valses de maravilla.

Insuperable creación de

RENATE MULLER

y

WILLY FRITSCH

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Frasqueo gratis

SOLAMENTE EN
Ediciones BIBLIOTECA FILMS
y
Selección FILMS DE AMOR

aparecen las nuevas estrellas
en sus más portentosas creaciones.

MARLENE DIETRICH

FATALIDAD
EL EXPRESO DE SHANGHAI
LA VENUS RUBIA

MARTHA EGGERTH

DIPLOMÁTICO DE MUJERES
VUELAN MIS CANCIONES
AUDIENCIA IMPERIAL

FRANCISKA GAAL

VERONICA (La florista).
PAPRIKA (Granito de sal).

MAE WEST

NACIDA PARA PECAR (Lady Lou)

MAGDA SCHNEIDER

AMORIOS (Liebelei).
HOY O NUNCA (en prensa).

LINE NORO

MATER DOLOROSA

GABY MORLAY

FELIPE DERBLAY

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta
Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: UNA peseta

LOS GRANDES ÉXITOS DE LA TEMPORADA

VIAJE DE NOVIOS	Brigitte Helm.
PASTO DE TIBURONES	Edward G. Robinson.
EL ROBINSON MODERNO	Douglas Fairbanks.
SOLTERO INOCENTE	Maurice Chevalier.
I. F. I. NO CONTESTA	Charles Boyer.
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina.—C. Gardel.
EL SIGNO DE LA CRUZ	F. March.—E. Landi.
TODO POR EL AMOR	Jan Kiepura.
DANTON	Jacques Gretillat.
ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm.
CASADA POR AZAR	Clark Gable.
KING KONG	Fay Wray
YO... Y LA EMPERATRIZ	Lillian Harvey.
MADAME BUTTERFLAY	Sylvia Sidney.
EL BESO ANTE EL ESPEJO	N. Carroll.
VAMPIRESAS 1933	Warren William.
S. O. S. ICEBERG	Rod La Roque.
AMORIOS (Liebelei)	Magda Schneider.
MATER DOLOROSA	Line Noro
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS	Charles Langton.
VUELAN MIS CANCIONES	Martha Eggerth.
DIME QUIEN ERES TU	Liane Haid.
NACIDA PARA PECAR	Mae West.
AUDIENCIA IMPERIAL	Martha Eggerth.
EL SECRETO DEL DR. MABUSE	Fritz Lang.
EL RESUCITADO	Boris Karloff.
PARIS-MONTECARLO	Henry Garat.
FELIPE DERBLAY	Gaby Morlay.
GUERRA DE VALSES	Willy Fritsch.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remitan el importe en sellos de correo y cinco centimos para el certificado. Franqueo gratis.